

este instante? ¡Qué espectáculo tan magestuoso el que presencio desde esta sagrada cátedra! Yo fijo mi vista en ese bellissimo simulacro, en esa preciosa imágen de Nuestra Señora, á la que veneramos con el título del Olvido, Triunfo y Misericordia: la veo sobre un trono de luces, ostentando alhajas de gran valor, dádivas de nuestros piadosos monarcas que tanta devocion la profesan, y de otras personas pudientes y no menos piadosas: veo ese coro de vírgenes del Señor, llenas del mayor entusiasmo, y sin atreverse á apartar la vista de su benéfica protectora; y descubro, en suma, un auditorio numerosísimo y escogido, en el que veo reunidos con los hijos de este real sitio, muchas familias de la nobleza de la córte, y que todos unidos por los vínculos de la fé han venido á tributar su homenaje de gratitud á la Madre de Dios y de los humanos.

¡Digna sois, oh bienaventurada Virgen, del grande y extraordinario entusiasmo que despertais en todos los corazones católicos! ¡Digna sois de que toda lengua cante vuestras alabanzas, y de que en loor vuestro se emplee la oratoria, la poesía y los instrumentos músicos! ¡Digna sois de que el mundo entero os bendiga y os aclame, porque en Vos está toda la gracia del camino y de la verdad; en Vos toda esperanza de vida y de virtud! *In me omnis gratia vite et veritatis, in me omnis spes vite et virtutis.*

Hace pocos momentos hablamos de Efeso, y citamos la brillante homilía pronunciada por San Cirilo de Alejandría en honra de la Santísima Virgen. Vamos á pronunciar unas palabras de aquel Padre. Oidlas con atencion y oireis á Roma, al Oriente, al Occidente, á todo el mundo cristiano, porque iguales son en este punto los sentimientos de todos los hijos de la

Iglesia: «Yo te saludo María, Madre de Dios, tesoro del Universo, corona de la virginidad, templo indestructible en donde se hospedó voluntariamente aquel á quien no pueden contener los espacios inconmensurables. Salve.» ¿Lo habeis oido? Pues ved aquí la voz de todos los siglos, de todas las generaciones cristianas, de los reyes y de los vasallos, de los prelados, sacerdotes y legos. No otra cosa queremos significar al decirla cada dia con fervor: *Mater Christi. Ora pro nobis.* Madre de Cristo. Ruega por nosotros.

Quisiera, señores, ser breve en mis conceptos, porque el rigor de la estacion que atravesamos, la multitud de luces, y lo numeroso del concurso, pueden fatigaros. Yo tambien me fatigo, pero se trata de María: os suplico, pues, que tengais paciencia, no porque os hablo yo, sino porque os hablo de las glorias de María. El apóstol San Pablo habla á los hebreos de Jesucristo, y los dice que reinó ayer, que reina hoy, y que reinará mañana y para siempre: *Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in sæcula* (1). Apliquemos, pues, sin temeridad estas palabras, á la que como Jesucristo reina en los cielos: María reinó ayer, reina hoy y reinará mañana y para siempre. No es eterna como su Hijo: empezaron sus glorias cuando fué predestinada y elegida: sus glorias en la Iglesia militante, en la cuna de la misma Iglesia: su trono se ha sostenido á pesar de los grandes y rudos combates de la impiedad. Mientras mas calamitosos han sido los tiempos, mas se ha afianzado y robustecido el trono de la reina de la Misericordia.

Una prueba innegable de esta verdad consoladora hemos palpado, digámoslo así, en nuestros mismos dias.

(1) Ad. Heb., cap. XIII, v. 8.

El siglo XIX viene siendo, mis señores, el siglo de los grandes acontecimientos. Si el progreso y la civilización han emprendido su triunfal carrera, la desmoralización y la impiedad les ha acompañado formándole la corte: y no creais, ni por un momento, que sea yo partidario del oscurantismo, ni que deplora los adelantos que presenciamos: antes por el contrario, los aplaudo, y me regocijo al ver el buen uso que los hombres hacen de las luces con que Dios favorece la inteligencia humana. Pero parece que envidioso el demonio de que el hombre trabaje con asiduidad por perfeccionar su inteligencia, ha hecho los mayores esfuerzos por enterrar la fé que hiciera felices á nuestros mayores, con sus piadosas costumbres. Así vemos al ángel de la incredulidad cerner sus negras alas sobre la sociedad humana, y á los hombres clamar por una absoluta independenciam, como si no tuviera deberes que cumplir, en órden á Dios, á sí mismos y á sus semejantes. ¿Qué hemos visto en los desventurados años que han pasado? Conculcadas las leyes divinas, hollado todo principio de autoridad, y vacilar muchos tronos que empujados por el fuerte huracan de las mas espantosas revoluciones, han caido por tierra entre las ruinas de la virtud y de las buenas costumbres. Si echamos una rápida ojeada por los diversos pueblos de la Europa, veremos nacionalidades vilipendiadas, tronos usurpados y príncipes proscriptos, obligados á comer el pan amargo de la emigracion. ¿Y el trono de María que ha sido tan ruda y tenazmente combatido? ¡Ah! señores, volvamos la vista á una época mas lejana, á aquellos dias de triste recuerdo en los que el protestantismo vino á imperar merced al orgullo y á la incontinencia del mas cruel de los monarcas, en la pode-

rosa Inglaterra. Bien lo sabeis: la Gran Bretaña, la isla de los Santos era con justicia apellidada *Jardin de la Iglesia*. Pues bien, Enrique VIII, el que menospreció las leyes mas santas del honor, el asesino de sus inocentes esposas, quiso concluir con el catolicismo en sus estados, y no ultrajó tan solo con su palabra cual otro Nestorio á la Co-Redentora de la humanidad, sino que fué mas allá: quiso llegar á donde ningun otro habia llegado, y encendió una hoguera con la imágen de la Virgen hecha astillas. ¡Qué horror!... ¿Y el mísero Strauss, ese aborto infernal de la escuela alemana? No ha encendido hogueras como Enrique VIII, pero ha querido echar un tupido velo sobre la gran figura histórica de María, y con sus satánicos escritos, combatiendo á Jesucristo, se propone destruirle entre las ruinas de su madre.

Pero huid de nuestra vista, hombres sin corazon y sin sentimientos, criminales parricidas: vuestros esfuerzos en nada han podido eclipsar las glorias de María: su culto aparece cada dia mas grandioso y mas poético, mas lleno de magestad, y casi diria mas nuevo.

Hablábamos de la época presente, y pintábamos hace un momento el triste cuadro que presentan los pueblos de la Europa. Deseo, pues, que recordéis un hecho que todos hemos presenciado, que nos ha hecho verter lágrimas de ternura, que nos ha hecho, en suma, conocer cuanto se interesa el Señor por la gloria de su madre. Hace pocos años que la Iglesia experimentaba uno de sus mas fuertes combates: la Europa barrenada en lo interior por el jansenismo, batida por fuera por la filosofía, desmantelada por la política, se agitaba de un modo terrible, y el anciano del Vatica-

no, el mártir Pio IX que guía el timon de la barca misteriosa de Pedro, despues de sufrir un amarguísimo destierro, y cuando muchos creian como en sus días creyó Federico y tambien Voltaire, que la Iglesia se hundia para no levantarse mas, se rodea del Episcopado católico y declara que «María ha sido concebida sin pecado original.» ¡Dia 8 de Diciembre de 1854! Tú serás siempre memorable en los fastos del catolicismo, y formarás una página de gloria en la historia de María. ¿Quereis, señores, mas glorias, mas relevantes triunfos? ¿Y de qué modo recibió el mundo católico esta declaracion? Vosotros lo sabeis. Roma y con ella toda la Italia, Francia, Irlanda, los cantones católicos de la Suiza, España, y todos los pueblos, unidos por la fé y la obediencia á la cátedra de Pedro, se convirtieron en una nueva Efeso. Olvidáronse en tan memorables días las luchas y los combates, y todos los cristianos se apresuraron á cantar las glorias de María, á bendecir su nombre, á aclamarla *Inmaculada*, y á rodear sus simulacros embelleciéndolos con toda clase de adornos; y tantos festejos, tantas iluminaciones, y los poetas entonando himnos, y la música produciendo nuevas composiciones en su honor, y los oradores sagrados brotando de sus lábios torrentes de elocuencia, todo nos dió á comprender cuán arraigado se halla en los pueblos católicos el amor de María: todo nos hace conocer sus glorias en la Iglesia militante.

Creedlo, señores: si á través de la inmoralidad de la época, de tantos crímenes como venimos presenciando, Dios usa de misericordia con nosotros, no enviando grandes castigos sobre la tierra, es porque María ruega por nosotros. Madre tierna y cariñosa vela incensantemente en nuestro favor, sosteniendo al justo,

alcanzando santas inspiraciones para el pecador á fin de que se convierta, consolando al triste, amparando al desgraciado y favoreciéndonos á todos. ¡Oh qué dicha el tener una madre tan misericordiosa!...

Entusiasmado, señores, con las glorias de la Virgen, aun no he hablado de su poder. ¿Pero necesitaré hacerlo al dirigirme á un auditorio tan ilustrado? Dudar del poder de María, seria dudar de su Maternidad divina. Si es Madre de Dios, y Dios tiene la Omnipotencia que manda, ella sin duda tiene la Omnipotencia que suplica. Su dignidad se acerca al infinito, dice Santo Tomás (1), y en su poder no reconoce superior fuera del mismo Dios: todo está sujeto á ella, y hasta el mismo Dios, dice San Bernardino de Sena, se complace en concedérselo todo (2).

¡Cuánto nos revelan, y cuánto dicen á nuestro corazón los hermosos títulos con que veneramos esta hermosísima imagen de María! Olvido, Triunfo y Misericordia. Sus triunfos y sus glorias, hemos pintado aunque con pálidos colores. Ante María hallamos el consuelo y el alivio de nuestras penas, nos inclinamos al bien y detestamos el pecado, porque hace despertar en nosotros los mas bellos sentimientos. Dios parece que se olvida de nuestras maldades, y como María ruega por nosotros, nos comunica por su mediacion los abundantes raudales de su misericordia infinita.

Si estais convencidos de esta verdad consoladora, y sabeis que María ama á los que la aman (3), haced dignos de su amor. Amadla como hijos á su madre, y

(1) Dignitas Matris Dei est suprema quædam conjunctio eum persona infinita (D. Thom., 1 part. Quest. 23, art. 5).

(2) S. Bernard. Sen., tom 4. Serm. 5, art. unic.

(3) Ego diligentes me diligo. Prov. cap. VIII. v. 17.

dirigirle siempre, diariamente, á todas horas, al despertaros por la mañana, al emprender cualquier obra y al entregaros al reposo, esta súplica de San Anselmo: «Arda siempre mi corazón en vuestro amor, y consúmase mi alma en ese fuego (1).» Entonces no lo dudeis, resplandecerá en vosotros la llama hermosa de la caridad, os inflamareis en el amor de Dios, y por María creceréis en todas las virtudes. Oid las palabras que nos dirige, palabras llenas de encanto que me han servido para dar significación á mi discurso, y que debo repetir al terminarle. «En mí está toda la gracia del camino y de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud.» *In me omnis gratia viæ et veritatis; in me omnis spes vitæ et virtutis.* Apreciemos la sávia y saboreemos los frutos de este árbol cargado de virtudes. Por María, hemos de alcanzar el acrecentamiento de todas ellas la felicidad temporal y la dicha perdurable.

Virgen purísima, Madre del Olvido, Triunfo y Misericordia; desde el trono de gloria que ocupáis en lo mas alto del cielo, y tan inmediato al de vuestro divino Hijo, tened fija vuestra vista en nuestras necesidades. Venid y visitad esta viña que os pertenece; y ya que esta nación y sus católicos reyes tanto han contribuido en todos tiempos á vuestra gloria, que siga siendo la España vuestro pueblo propio y peculiar. Haced madre y Señora nuestra que se conserve en nuestros pechos la fé en toda su pureza, y que arda en nosotros viva la llama de la caridad. Amparad y favoreced á nuestra piadosa reina que tanta devoción os profesa en esta vuestra imágen, y que con tanta es-

(1) Vestri continuo amore langueat cor meum, liquefiat anima mea. S. Anselm. in Deprec. ad Virg.

plendidez atiende á vuestro culto: libradla de las asechanzas de sus enemigos, consolidad su trono y concedle los auxilios que son necesarios para la gobernación del reino: amparad y acoged también bajo vuestro manto de piedades á su augusto esposo, al príncipe heredero y á toda la real familia. Sea también objeto de vuestro especial amor y predilección esta venerable comunidad de vírgenes consagradas á vuestro servicio. Y que todos cuantos en este día nos hallamos reunidos bajo las bóvedas de este augusto santuario, y que hemos sido atraídos á él á impulsos de la devoción que os profesamos, alcancemos por vuestra mediación las misericordias del Señor y la divina gracia, que nos haga felices en el tiempo y en la eternidad. Amen.